

Herejía en los Balcanes¹

Heresy in the Balkans

Escrito por Prof. **Nicolás Bonomi Gadea**

Resumen

Este artículo estudia la ruptura entre Yugoslavia y la Unión Soviética a finales de la década de 1940. A partir de la nueva bibliografía disponible, escrita fundamentalmente en inglés, se analiza la situación previa al choque entre ambos países, el momento en que la Kominform expulsa a los balcánicos de la organización (donde se ubica el foco del trabajo) y las consecuencias de ello. Además se contrastan las posturas historiográficas predominantes acerca de los factores que propiciaron esta ruptura, y se plantea una manera en que ésto puede ser utilizado para trabajar en el aula de secundaria, dejando de mirar exclusivamente a la Unión Soviética para profundizar en los diversos caminos de construcción del socialismo adoptados por otras naciones.

Palabras clave: yugoslavia, unión soviética, stalin, tito, guerra fría, imperio, kominform.

Abstract

This article studies the separation of Yugoslavia and the Soviet Union in the late 1940s. Based upon new available bibliography, written mostly in English, the situation leading up to the clash between both countries is analysed. This is the moment when the Kominform expels the Balkans from the organization (this is the focus of this work) and its consequences. Likewise, predominant historiographic positions on the factors that led to the separation are contrasted and strategies to tackle this in class are considered. A broad view beyond the Soviet Union is oriented towards an analysis of diverse aspects of the reconstruction of socialism adopted by other nations.

Keywords: yugoslavia, soviet union, stalin, tito, the cold war, the empire, kominform

Introducción

Tras finalizar la Segunda Guerra Mundial, Yugoslavia era vista por la Unión Soviética como su aliado más cercano, así como el país que contaba con mayores posibilidades de desarrollar un sistema político, social y económico similar al soviético. En noviembre de 1945 el Ministro de Asuntos Exteriores Viacheslav Molotov calificaba las elecciones yugoslavas, con partido único, como un éxito enorme, a la vez que afirmaba que habían fortalecido la construcción del socialismo en ese país.² Ocho años después, tras la muerte de Stalin, sus más cercanos colaboradores encontraron una carta de Tito en el escritorio del líder soviético que decía "Stalin: deje de enviar gente a matarme. Ya hemos capturado a cinco (...). Si no deja de enviar asesinos, voy a enviar uno a Moscú y no voy a tener que enviar un segundo."³

¿Qué sucedió en estos años para que Yugoslavia dejara de ser el puesto de avanzada de la URSS en Europa y se convirtiera en paria? ¿Se trató de una disputa entre dos caudillos intransigentes, Tito y Stalin, o existieron factores más profundos? ¿Estaba la ruptura entre ambos estados en el horizonte desde el triunfo de los partisanos en Yugoslavia? ¿Qué papel desempeñó el comienzo de la Guerra Fría? Estas son algunas de las preguntas que guían este artículo, y a las que se busca dar respuesta.

En Occidente nadie podía prever este conflicto entre yugoslavos y soviéticos: desde allí se veía al bloque socialista como un ente homogéneo. Sin embargo, tan solo dos años después de la expansión del socialismo por Europa del Este, se produjo su primera fractura. Los gobiernos de la Unión Soviética y de Yugoslavia, encabezados por Iósif Stalin y Josip Broz Tito, rompieron relaciones en 1948 bajo un fuego cruzado de acusaciones que, camufladas en un lenguaje ideológico, expresaban las distintas

motivaciones geopolíticas que impulsaban las política de Moscú y Belgrado.

Vladislav Zubok (2008) plantea que la Unión Soviética actuó, luego de la Segunda Guerra Mundial, como un verdadero imperio. El historiador moscovita afirma que la victoria sobre la Alemania Nazi, en la que la propia URSS cargó con el mayor esfuerzo del lado de los Aliados, generó la idea en los dirigentes soviéticos de que como gran potencia debían jugar un papel trascendente en el mundo. Los dos factores que desempeñaron un papel fundamental en la política exterior soviética durante la Guerra Fría fueron, entonces, la unión del paradigma revolucionario leninista y las nuevas ambiciones geopolíticas; Zubok denomina esto como “paradigma revolucionario-imperial” (p.506): esta es una de las principales categorías de análisis utilizadas a lo largo del artículo.

El control de Yugoslavia para la URSS era importante por varios motivos, entre los que destaca la necesidad de formar una línea defensiva en Europa del Este ante el peligroso avance del capitalismo occidental. La categoría de imperio utilizada por Zubok para estudiar el papel desempeñado a nivel global por la Unión Soviética durante la Guerra Fría es particularmente útil para este caso, ya que permite observar el comportamiento imperialista soviético en una región que consideraba debía responder a ella, a causa de los sacrificios realizados durante la Segunda Guerra Mundial.

En este artículo se profundiza en lo que rodea a la resolución de la Kominform de 1948 titulada *Sobre la situación del Partido Comunista de Yugoslavia*, partiendo de la implantación del socialismo en Yugoslavia gracias al triunfo del Frente de Liberación Nacional en la Segunda Guerra Mundial, y pasando por la aplicación de este en las distintas regiones de la nueva federación yugoslava. El centro del trabajo radica en el análisis de esta resolución a partir del estudio de la nueva bibliografía sobre el tema, fundamentalmente en inglés, escrita tras la apertura de los archivos tras la disolución de la Unión Soviética y la desintegración de Yugoslavia a comienzos de la década de 1990.

Yugoslavia en la Segunda Guerra Mundial: el ascenso partisano

Tras la desaparición del primer Reino de Yugoslavia, absorbida por Alemania, Italia, Hungría, Albania y Bulgaria, se organizaron dos guerrillas que buscaban la liberación del control ustacha⁴-nazi. Por un lado estaban los *chetniks*, liderados por el serbio Draža Mihailović, quienes comenzaron a actuar en respuesta al llamado del exiliado rey Petar II a la lucha popular. Sin embargo los *chetniks*, nacionalistas serbios que buscaban restaurar la Gran Serbia e imponer el cristianismo ortodoxo, se empeñaron más en la lucha contra los católicos croatas y los bosnios musulmanes que contra los invasores alemanes e italianos.

A finales de 1941 se había creado, a instancias del Partido Comunista Yugoslavo (PCY), el Frente de Liberación Nacional (FLN), liderado por Josip Broz Tito, quien había sido organizador de la Komintern durante la Guerra Civil Española. A pesar de su origen croata, Tito logró unir detrás de él a la mayor parte de la resistencia serbia, bosnia y croata en la lucha por la independencia, aunque los serbios fueron siempre mayoría dentro del movimiento. Según Henry Bogdan (1991), los partisanos sumaban ya a fines de 1941 80.000 hombres, 300.000 en 1943 y llegaba a la impresionante cantidad de 800.000 al terminar la guerra. La estrategia aplicada por los partisanos era la de la guerra de desgaste y acoso contra los alemanes y los ustacha, escondiéndose de ellos en las montañas para evitar las confrontaciones directas.

Tito y Draža Mihailović intentaron llegar a algún acuerdo, pero las dificultades estaban presentes desde un comienzo: mientras Tito era un comunista revolucionario, Mihailović era un oficial monárquico. Los británicos, que en un primer momento apoyaron a los *chetniks*, cambiaron en 1943 en función de los éxitos militares de los partisanos, y decidieron apoyar a Tito. Lo cierto es

que ya en 1942 los partisanos controlaban las montañas que cubren el este de Croacia y el oeste de Bosnia, y fijaron su capital en la ciudad bosnia de Bihać. En este momento es creado el Consejo Antifascista de Liberación Nacional, gobierno provisional cuyo objetivo era organizar una democracia socialista federal, en la que los distintos pueblos gozaran de los mismos derechos.

Todo se aceleró con la derrota italiana en 1943, y en 1944, sin la intervención del Ejército Rojo, Tito controlaba Macedonia, Montenegro, Bosnia-Herzegovina y la mayor parte de Serbia. Giuliano Procacci (2005) señala que “Yugoslavia fue el único país de Europa oriental cuya liberación y reunificación se llevaron a cabo casi completamente antes de la llegada del ejército rojo soviético” (p.282). El territorio restante, que incluía Belgrado, Vojvodina, Croacia y Eslovenia, regiones aún gobernadas por nazis y ustachas, resistió hasta mayo de 1945, cuando fueron expulsados, ahora sí, con ayuda soviética.

Yugoslavia después de la Segunda Guerra Mundial

Al término de la Segunda Guerra Mundial el liderazgo de los partisanos era indiscutible. Tito conformó un

gobierno de coalición integrando a los partidarios de Petar II, aunque la influencia de los comunistas en este era claramente mayor.⁵ Las elecciones en las que debía decidirse la continuidad de la monarquía fueron boicoteadas por los seguidores del rey, presentándose solo los candidatos del Frente de Liberación Nacional: el FLN obtuvo más del 90% de los votos en unas elecciones con voto público. Inmediatamente se abolió la monarquía y el 29 de noviembre de 1945 se proclamó la República Popular Federativa de Yugoslavia, que adoptó una Constitución prácticamente igual a la soviética de 1936.⁶ Jože Pirjevec (2018) señala que más allá de ciertas irregularidades existentes durante la elección “la mayoría de la población creía en los valores del Frente Popular, organizado y dirigido por el Partido Comunista de Yugoslavia, y cualquier fuerza ‘burguesa’ estaba totalmente desacreditada e impotente” (p.153). Una vez asentado en el poder, Tito se aseguró de eliminar a aquellos que habían colaborado con el régimen ustacha-nazi durante la Segunda Guerra Mundial. Alrededor de 100.000 croatas fueron extraditados desde Austria, con el apoyo de Estados Unidos e Inglaterra, y ejecutados al llegar a Yugoslavia. También eliminó a los chetniks: Draža Mihailović fue juzgado por traición y ejecutado posteriormente, al igual que centenares de sacerdotes católicos, estrechamente vinculados al régimen ustacha.

En 1947 se elaboró un primer plan quinquenal, siguiendo los lineamientos soviéticos, cuyos objetivos principales consistían en el aumento del consumo individual y la generación de un importante crecimiento en el sector industrial. Para ello era necesario el apoyo de la Unión Soviética, fundamental para poder alcanzar las ambiciosas metas trazadas. Bogdan afirma que “en esa época, a los ojos de todos, la Yugoslavia de Tito aparece como el país más cercano ideológica y políticamente de la URSS” (p.289). Tony Judt (2005) insiste en esta idea, al plantear que

“

Por lo que parecía, Yugoslavia representaba la línea más dura y vanguardista del comunismo europeo. (...) Moscú prodigaba todo tipo de alabanzas a Tito y su partido, manifestaba un gran entusiasmo por sus logros revolucionarios y ponía a Yugoslavia como ejemplo que había que seguir. A cambio, los líderes yugoslavos aprovechaban cualquier ocasión para insistir en su respeto por la Unión Soviética; y se veían a sí mismos como introductores del modelo de la revolución y del gobierno bolcheviques en los Balcanes. (p.144)

”

En la misma línea, Anne Applebaum (2012) señala que tras la realización de elecciones con partido único en Yugoslavia en noviembre de 1945, “el embajador soviético en Belgrado elogió efusivamente esa acción, y dijo a Viacheslav Molotov que esas elecciones habían «fortalecido» al país. Las valoró como un éxito enorme” (p.1046).

En cuanto al aspecto económico, el FLN intentó combinar los dos modelos económicos que se habían desarrollado en los años inmediatos al final de la Segunda Guerra Mundial: el esloveno y el bosnio-macedonio. Las diferencias entre ambos tienen mucho que ver con las realidades de cada república. David Priestland (2010) afirma que el modelo esloveno, nación históricamente próspera, implicaba un socialismo moderado y pragmático, en el que las asambleas funcionaban de manera relativamente democrática y la reforma agraria tuvo una aplicación limitada, mientras que el modelo aplicado en las dos repúblicas más pobres de la Federación, Bosnia-Herzegovina y Macedonia, tendían a un socialismo mucho más radical e igualitario, en lugares donde la escasez y la hiperinflación habían generado una economía informal de intercambio.

El marco: la Guerra Fría

La Unión Soviética se encontraba devastada por las invasiones alemanas y el esfuerzo de una guerra total. Eric Hobsbawm (1998) dice que

“

Desde cualquier punto de vista racional, la URSS no representaba ninguna amenaza inmediata para quienes se encontraran fuera del ámbito de ocupación de las fuerzas del ejército rojo. Después de la guerra, se encontraba en ruinas, desangrada y exhausta, con una economía civil hecha trizas y un gobierno que desconfiaba de una población gran parte de la cual, fuera de Rusia, había mostrado una clara y comprensible falta de adhesión al régimen. (p.236)

”

Harry Truman confiaba, al asumir la presidencia de los Estados Unidos, en mantener la alianza con la URSS, pero esto se hizo rápidamente imposible. El nuevo presidente tenía menos experiencia en relaciones internacionales que su antecesor Franklin Delano Roosevelt, y estaba más dispuesto a aceptar las influencias de su entorno más cercano, que prefería llevar adelante una política más combativa con el comunismo soviético. Ronald Powaski (2000) señala que además de la presión de los altos mandos estadounidenses fue importante la insistencia de Winston Churchill, también avorable a establecer una política más agresiva hacia la Unión Soviética. Ya en abril de 1945 Truman criticó personalmente al ministro de Relaciones Exteriores de la URSS Viacheslav Molotov a la vez que canceló los envíos de ayuda hacia ese país, provocando el natural descontento soviético. Posteriormente existieron algunos acercamientos, propiciados por la necesidad de vencer a un Japón que aún no se había rendido, pero estos se esfumaron cuando, luego de las bombas atómicas arrojadas por Estados Unidos sobre las ciudades de Nagasaki e Hiroshima, el emperador Hirohito aceptó rendir a Japón, haciendo desaparecer así al último enemigo común de ambas superpotencias.

A comienzos de 1946 Churchill señaló que toda política de acercamiento con la URSS era imposible, al afirmar en su famoso discurso en Fulton que “un telón de acero había descendido desde Stettin en el Báltico hasta Trieste en el Adriático” (Powaski, p.93). En febrero de ese mismo año el enviado estadounidense en Moscú, George Kennan, envió un telegrama al Departamento de Estado en el que advertía que la política expansionista soviética era agresiva por naturaleza, debido a su inspiración en el marxismo-leninismo; además afirmaba que el pasado ruso mostraba a sus ciudadanos que la única forma de lograr la paz era la aniquilación de sus enemigos, y por tanto Moscú intentaría dividir y debilitar a las potencias extranjeras hasta lograr la hegemonía global. Ese mismo año la política estadounidense se endureció aún más frente a las pretensiones soviéticas en Turquía e Irán: de los primeros pretendía obtener la libre navegación de los estrechos que comunican el Mar Negro con el Mediterráneo, mientras que los segundos habían sido ocupados por ingleses y soviéticos en 1941 para evitar que apoyen a la Alemania Nazi y le suministraran petróleo, y la URSS pretendía mantenerlo como satélite. Ambos casos se resolvieron de manera favorable para los EEUU, puesto que la URSS retiró sus tropas de Irán ante la amenaza de quedar aislada en la Organización de las Naciones Unidas, mientras que los estrechos turcos no fueron habilitados para la navegación de sus buques.

Del lado soviético, Stalin estaba convencido de que una guerra con los Estados Unidos, inevitable a mediano plazo, no comenzaría de manera inmediata. Prueba de ello es la desmovilización del Ejército Rojo luego de 1945, así como la drástica reducción del presupuesto de Defensa a la mitad. El líder soviético creía firmemente en la superioridad del socialismo a largo plazo, y por eso mantuvo las instrucciones a los poderosos partidos comunistas de Francia e Italia de buscar acceder al poder por medios democráticos. En el caso de Europa Oriental, Stalin esperaba que se produjeran revoluciones lideradas por actores locales que, bajo el amparo de la URSS, fueran capaces de imponer el modelo soviético sin necesidad de mayor actuación del Ejército Rojo; incluso en una fecha tan tardía como 1947 Stalin aún prefería la formación de gobiernos de coalición, que liderados por partidos comunistas tuvieran como objetivo propiciar revoluciones democráticas nacionalistas, y no socialistas. Priestland señala que

“

en 1944 Stalin tenía tanta fe en el modelo frentepopulista que decidió convertirlo en pieza central de su política para Europa Central. (...) Al igual que el gobierno republicano español de 1936-1939, serían amplias coaliciones de fuerzas antifascistas, con el respaldo de las urnas; no tratarían de establecer un socialismo radical, limitándose a la distribución de las grandes haciendas de los terratenientes, mientras que el control de la seguridad interna y la inteligencia aseguraría que su política exterior respondiera a los intereses de la URSS. (p.218)

”

Los gobiernos de las superpotencias se temían mutuamente. Mientras Estados Unidos veía a la URSS como una amenaza real, Stalin entendía que su posición de gran potencia solo podía ser defendida desde la intransigencia⁷, puesto que era evidente que armamentísticamente había sido superada por los EEUU desde el momento en que se lanzaron las bombas atómicas sobre Japón, a la vez que la larga invasión alemana había desgastado hasta el límite a la población soviética. Hobsbawm conceptualiza esta situación señalando que mientras a los Estados Unidos les preocupaba el peligro de una hipotética supremacía mundial de la URSS en el futuro, a Moscú le preocupaba la hegemonía real de los Estados Unidos sobre todas las partes del mundo no ocupadas militarmente por el ejército rojo (p.238).⁸ Esto se potenciaba por el extendido uso del anticomunismo utilizado por buena parte de los políticos estadounidenses como baza para las elecciones. De esta manera, los Estados Unidos comenzaron a incrementar dramáticamente su presupuesto militar, aun siendo conscientes de que no había un país capaz de enfrentárseles militarmente.

Los primeros años luego de la Segunda Guerra Mundial, momento en que debía definirse el papel a desempeñar por cada nación, fueron confusos. Los Estados Unidos eran claramente el país más poderoso, tanto por su actuación en la guerra como por el hecho de que su territorio no fue invadido, mientras que la Unión Soviética entendía que su posición, aunque victoriosa, era débil y militarmente inferior. Por tanto, la actuación de Stalin, que puede ser calificada de contradictoria o incluso de paranoica, debe entenderse en el marco de una Europa del Este en la que los partidos comunistas no habían llegado al poder en solitario, sino con el apoyo de los socialdemócratas, y la URSS era desafiada por algunos de sus más cercanos aliados, como mostró el caso yugoslavo. Aunque ni la Unión Soviética ni los Estados Unidos querían una guerra entre ellos, ambos interpretaban los gestos del otro como provocaciones: aún cuando Stalin no apoyaba a los comunistas griegos el apoyo yugoslavo era visto por el gobierno estadounidense como una intervención soviética solapada, y mientras los estadounidenses creaban el Plan Marshall para evitar que la destrucción de la economía europea produjera una crisis económica global y llevara al poder a los partidos comunistas, los soviéticos creían que el objetivo final era exportar su cultura hacia Europa del Este. La situación desembocó en que cada acción de un bando era visto por el otro como una provocación o una agresión, aun cuando ninguno de los dos quisiera provocar una guerra directa. Los primeros años de la Guerra Fría constituyeron un juego de equívocos, en donde ambas superpotencias actuaron sin saber claramente qué esperar de la otra, y que inició la dinámica que caracterizó a la segunda mitad del siglo XX.

La formulación de la Doctrina Truman en marzo de 1947, que se sumaba a la creación del Plan Marshall, hicieron patente que el enfrentamiento entre EEUU y la URSS se encontraba cada vez más próximo. El presidente Truman dio un discurso en el Congreso el 12 de marzo en que afirmaba que EEUU debía “apoyar a los pueblos libres que se resistían a ser subyugados” (Fontana, p.295, 2017), haciendo alusión a Grecia y Turquía, donde los soviéticos supuestamente pretendían imponer su influencia. El hecho de que ni Grecia ni Turquía fueran democracias no parece haber sido un obstáculo para ser consideradas parte del “mundo libre”, mostrando que la única condición para ser incluida dentro de esa categoría era oponerse al comunismo, aun si esto implicaba financiar oscuras dictaduras terroristas, como sucedió en América Latina a lo largo de toda la Guerra Fría.

Estados Unidos temía que, luego de la Segunda Guerra Mundial, las devastadas naciones europeas pudieran optar por el comunismo en elecciones democráticas, fundamentalmente en aquellos países que tenían partidos comunistas fuertes, como Francia, Italia o Checoslovaquia. A instancias del Secretario de Estado George Marshall se creó el European Recovery Program, más conocido como Plan Marshall, que otorgaba a los gobiernos europeos los préstamos necesarios para revitalizar sus economías con el objetivo de evitar que el descontento popular se tradujera en triunfos electorales del comunismo. Aunque en un primer momento el Plan Marshall estaba pensado para todos los países de

Europa, en la práctica terminó de confirmar la división del continente en dos, puesto que mientras los estados occidentales aceptaron la ayuda estadounidense, los del este se negaron debido a la presión soviética, que entendía este plan como una forma de control inaceptable. A pesar de que la Unión Soviética necesitaba desesperadamente el ingreso de capitales, el plan fue rechazado para evitar la penetración económica y cultural de Estados Unidos. La división de Europa, ya observada por Churchill en 1946, se concretaba, al separar los destinos de Oriente y Occidente en dos.

La puesta en funcionamiento del Plan Marshall se aceleró con la caída del gobierno de coalición de Checoslovaquia en 1948, cuando el presidente Edvard Benes dimitió presionado por el Partido Comunista de Checoslovaquia, y asumió el poder su primer ministro, el comunista Klement Gottwald. El final de los gobiernos de coalición, algo que también sucedió en Italia y Francia (aunque allí se debió a la intervención, velada o no, de los Estados Unidos) era otro signo de que sería imposible para las dos superpotencias continuar con la alianza que les permitió vencer en la Segunda Guerra Mundial. El abandono de la idea de la reunificación alemana y la construcción del socialismo en la República Democrática de Alemania son resultado también de la preocupación de Stalin por consolidar su poder en Europa.

Las primeras diferencias: Grecia y Albania

Tony Judt plantea que uno de los puntos que hay que observar para comprender la ruptura entre ambos países está en Grecia. Stalin había aceptado, en una reunión con Churchill en Moscú en 1944, incluir a la Hélade dentro del área de influencia británica. Por este motivo el líder soviético no prestó ningún tipo de ayuda al Ejército Popular de Liberación Nacional (ELAS), organizado por el Partido Comunista Griego. Sin embargo Tito deseaba formar una Federación Balcánica, en la que estuvieran incluidas Bulgaria y Albania (algo que en un primer momento fue propuesto por el propio Stalin), y el norte de Grecia, la región histórica de Macedonia, poblada por eslavos. Además, en territorio yugoslavo se encontraban refugiados más de 6000 integrantes del ELAS desde 1945 (Westad, 2018, p.85). Al problema que Tito le generaba a la Unión Soviética en Grecia se le sumaba otro con la ciudad de Trieste³ y la península de Istria (actualmente parte de Italia), pues Yugoslavia reclamaba para sí esas regiones, mientras que Stalin no tenía intención alguna de enfrentarse a Occidente por zonas sin relevancia estratégica. Pirjevec plantea que el problema de Trieste y la negociación entre soviéticos y estadounidenses por este tema fue la primera gran desilusión de los yugoslavos con Stalin.

Albania fue otra fuente de conflicto entre Yugoslavia y la URSS. Este pequeño país fue la otra nación europea en que el Partido Comunista llegó al poder sin el apoyo decisivo del Ejército Rojo. Al tratarse de un país más pequeño, y en un contexto en que parecía no sólo posible sino altamente probable la creación de varias federaciones en el este europeo, Yugoslavia envió tropas con el supuesto objetivo de defender a la población de Albania de una incursión de los monárquicos griegos, pero posiblemente con el objetivo solapado de incluir a los albaneses en la futura Federación Balcánica. Milovan Djilas (1962) reproduce un diálogo mantenido en Moscú por él, Edvard Kardelj, Stalin y Molotov, en donde discuten abiertamente acerca de la actitud yugoslava en aquel país:

“

(Stalin) – Y respecto a Albania, ¿qué tenéis que decir? ¡Jamás nos habéis consultado el envío de vuestras tropas a aquel país!

Kardelj indicó que contábamos con el consentimiento del gobierno albanés.

–¡Todo esto puede provocar gravísimas complicaciones internacionales! –bramó

Stalin– Albania es un

Estado independiente, ¿que se creía usted? Estén o no justificados, los hechos siguen en pie. No se nos ha consultado sobre el envío de dos divisiones a Albania.

Kardelj alegó que no había nada irreparable y que no recordaba ni un solo problema político internacional sobre el que el gobierno yugoslavo no hubiera consultado al soviético.

–¡No es verdad! –gritó Stalin–. No nos consultáis nunca. Y no es por equivocación sino debido a vuestra política. Sí, a vuestra política. (p.144)

”

Esta conversación, de comienzos de febrero de 1948, muestra como la relación entre ambos países estaba ya muy comprometida, y no por discusiones teóricas acerca del marxismo-leninismo, como pretendió plantear la URSS, sino por razones estrictamente geopolíticas.

La Kominform

La Kominform (abreviatura en ruso de Oficina de Información de los Partidos Comunistas) fue una organización creada por la Unión Soviética en 1947, cuatro años después de la disolución de la Komintern (Internacional Comunista).

Su antecedente, la Komintern, había sido creada por iniciativa de Vladimir Lenin con el objetivo de organizar a los distintos partidos comunistas del mundo, a la vez que buscaba imponer como modelo a los propios bolcheviques rusos. Para ingresar a la Komintern era necesario suscribir a 21 condiciones planteadas por Lenin que incluían, por ejemplo, cortar relaciones con los partidos reformistas, crear una organización clandestina que funcionara de forma paralela a la legal, la lucha contra los sindicatos amarillos y la aceptación del centralismo democrático. Esto trajo en numerosos países, entre los que se incluye Uruguay, la división entre el Partido Comunista, nombre que debían adoptar aquellos que desearan ingresar a la Internacional Comunista, y el Partido Socialista.

María Dolores Béjar (2011) señala que entre 1919 y 1935 pueden distinguirse cuatro períodos de la Komintern. El primero comprende los tres primeros congresos (1919-1921) y la posibilidad de llevar adelante una revolución es firmemente alentada. En el segundo período, entre 1922 y 1924, se entiende que el capitalismo había logrado estabilizarse (fue importante para llegar a esta idea el fracaso de la revolución espartaquista en Alemania, así como la derrota de la efímera República Soviética Húngara) y se acepta la necesidad de aliarse con fuerzas menos radicales. La tercera etapa, coincidente con el VI Congreso celebrado en 1928, anuncia una importante crisis del capitalismo y plantea la necesidad de promover revoluciones y denunciar a la socialdemocracia como elemento contrarrevolucionario. El cuarto período se ubica a partir de 1935 cuando, ante el avance del fascismo y del nazismo, se promueve la creación de grandes frentes populares.

La Komintern fue disuelta por Stalin en 1943. Para Robert Service (1997) esta actitud tuvo como trasfondo un gesto de buena voluntad del líder soviético ante Winston Churchill y Franklin Roosevelt puesto que pretendía demostrar que, mientras la lucha contra el fascismo continuara, la URSS abandonaría sus intentos de promover una revolución socialista en sus aliados occidentales. El mundo cambió radicalmente después de la Segunda Guerra Mundial. Fernando Claudín (1970) señala que en 1945 había catorce millones de comunistas organizados fuera de las fronteras de la URSS, contra tan solo un millón en 1939. Es en este mundo donde, lentamente, la primacía soviética se vio cuestionada, primero por Yugoslavia y luego por la China de Mao Tse-Tung. Stalin convocó a una reunión de los partidos comunistas de la URSS, Checoslovaquia, Polonia, Yugoslavia, Bulgaria, Hungría, Rumanía, Francia e Italia (es decir, aquellos países donde el Partido Comunista ya controlaba el poder o, en los casos de Francia e Italia, tenía un caudal electoral significativo) para el 22 de setiembre de 1947, a realizarse en el este de Polonia, en la ciudad de Szklarska Poreba. Allí, bajo la dirección de Andrei Zhdanov y Gueorgui Malenkov, se organizó un órgano comunista internacional, conocido como la Kominform. La sede de la Kominform estuvo ubicada en Belgrado, capital de Yugoslavia, con la intención, según Service, de imponer la voluntad soviética en todos los países de Europa del Este. Pirjevec plantea lo mismo, a partir del análisis de documentos yugoslavos recientemente desclasificados.

En la I Conferencia de la Kominform yugoslavos y soviéticos actuaron conjuntamente, aunque de manera velada, según plantea Service (2006). Los delegados yugoslavos atacaron duramente a los partidos comunistas de Italia y Grecia; es probable que esta cercanía entre soviéticos y yugoslavos, así como la soberbia con la que se comportaron estos últimos, que se consideraban más avanzados en el camino al socialismo que el resto de Europa Oriental, haya colaborado con el hecho de que al momento de decidir Stalin la expulsión de Yugoslavia de la Kominform en su II Conferencia en Bucarest, nadie haya esbozado una mínima resistencia.

Expulsión del PCY de la Kominform: análisis del documento

La resolución de la II Conferencia de la Kominform del 28 de junio de 1948, titulada *Sobre la situación en el Partido Comunista de Yugoslavia*, resolvió expulsar al Partido Comunista de Yugoslavia de la organización con el apoyo unánime de los partidos comunistas búlgaro, rumano, húngaro, polaco, soviético, francés, italiano y checoslovaco, y la significativa ausencia de delegados yugoslavos. Las

razones esgrimidas en el documento son netamente ideológicas, sin aceptar la existencia de ninguna diferencia en otro ámbito que motive la ruptura. Puede sospecharse que la redacción del mismo estuvo en manos de los delegados soviéticos, puesto que se hace referencia al Partido Comunista de la Unión Soviética de manera frecuente, como demuestra el propio punto 1 de la resolución, donde se plantea que “la Kominform aprueba la acción del Comité Central del Partido Comunista (bolchevique) de la Unión Soviética que ha tomado la iniciativa de descubrir la política errónea del Partido Comunista de Yugoslavia y, ante todo, de los camaradas Tito, Kardelj, Djilas y Ranković.” La mayoría de los puntos de la resolución insisten en señalar los problemas entre Yugoslavia y la URSS, mientras que ninguno señala la existencia de diferencias entre el PCY y el resto de los partidos comunistas miembros de la Kominform. La Kominform, representante del punto de vista del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS), justifica la expulsión de Yugoslavia a lo largo de ocho puntos. El punto 1 de la resolución afirma que el PCY se ha desviado de la doctrina marxista-leninista, mientras que el segundo sostiene que ha aplicado deliberadamente una política de enemistad respecto al PCUS. Afirma en el punto 3 que

“

Los dirigentes del Partido Comunista de Yugoslavia en su política en el interior del país, se apartan de las posiciones de la clase obrera y rompen con la teoría marxista de las clases y de la lucha de clases. Niegan el hecho del incremento de los elementos capitalistas en su país y la acentuación de la lucha de clases en el campo yugoslavo, que de él se deriva. Esta negativa tiene su origen en la tesis oportunista según la cual, en el período de transición del capitalismo al socialismo, la lucha de clases no se acentúa, como lo enseña el marxismo-leninismo, sino que se extingue, como lo afirmaban los oportunistas del tipo Bujarin, que propagaban la teoría de una integración pacífica del capitalismo en el socialismo.

”

La comparación de las políticas yugoslava con el bujarinismo, considerado herejía desde hace años en la URSS, muestra a las claras la utilización del argumento ideológico, y no la discrepancia en la política exterior del bloque socialista respecto a Albania o a Grecia, o la negativa yugoslava a firmar un acuerdo económico con la Unión Soviética. Esto está en consonancia con los planteos de Zubok acerca de la necesidad de justificar mediante un vocabulario ligado al marxismo-leninismo las actitudes de la URSS. Continúa planteando que en Yugoslavia no es el Partido Comunista quien ostenta el poder, sino que lo hace un frente popular. Esto era aceptado y fomentado por la URSS en tiempos de guerra, pero una vez que los comunistas logran acceder al poder esta política debe ser abandonada y la oposición eliminada. Se deja esto en claro cuando la resolución afirma que

“

Los yugoslavos rebajan el papel del partido comunista; lo diluyen, en efecto, en el frente popular de los sin partido que comprende elementos muy diferentes desde el punto de vista de clase -obreros, campesinos, trabajadores con una explotación individual, kulaks, comerciantes, pequeños industriales, intelectuales burgueses, etc.- así como grupos políticos de todo tipo, incluso ciertos partidos burgueses.

”

Al atacar al gobierno yugoslavo, acusándolo de no dar suficiente importancia al poder del Partido, la Kominform se afirma en las tesis de Lenin sobre el papel que este debe desempeñar, a la vez que demuestra las desviaciones ideológicas en las que incurren Tito y sus seguidores. Reafirman esta idea al plantear que “los dirigentes del Partido Comunista de Yugoslavia repiten los errores de los mencheviques rusos respecto a la disolución del partido marxista en la organización de las masas de los sin partido.” Resulta curioso que posteriormente los argumentos de la Kominform varíen radicalmente. En los primeros puntos de la resolución critican la existencia de un frente popular al mando de Yugoslavia, en lugar de implantar la primacía del PCY. Pero luego afirma que

“

Esta orientación de los dirigentes del Partido Comunista de Yugoslavia que tiende a la liquidación de los elementos capitalistas en las condiciones actuales de Yugoslavia, incluyendo la liquidación de los kulaks en tanto que clase, no puede ser calificada más que de aventurera y de no marxista. (...) La Kominform considera que los decretos y las declaraciones izquierdistas de los dirigentes yugoslavos, por ser demagógicos e irrealizables en el momento actual, solo pueden comprometer la causa de la construcción socialista en Yugoslavia.

”

Es llamativo comprobar que, tras comparar a los líderes yugoslavos con “los oportunistas del tipo Bujarin”, purgado en la década de 1930 por ser considerado integrante de la “oposición de derecha”, la crítica avance ahora por el otro lado, acusándolos de aventureros no marxistas, algo que puede remitir a la definición de infantilista planteada anteriormente por Lenin.

La pequeña obra publicada en 1952 por la Oficina de Prensa de la Legación de la República Popular Federativa de Yugoslavia en Buenos Aires titulada *El conflicto yugoslavo-soviético, su historia y esencia*, reproduce la forma en que reaccionó el gobierno yugoslavo ante su expulsión de la Kominform. Aunque se trate abiertamente de propaganda, posee cierto interés para el historiador puesto que este breve libro refleja la posición oficial de Tito y su círculo más cercano. Se cita al propio Tito cuando éste afirma en el Quinto Congreso del PCY que

“

emplearía todas sus fuerzas para el mejor cimiento de las relaciones entre nuestro partido y el Partido Comunista Central (bolchevique). (...) La disputa entre estados socialistas había de resolverse con medios apropiados para el mundo socialista. Pero este asunto no fue enfocado así por el otro lado. El gobierno soviético necesitaba la Resolución Cominformista para agravar las relaciones entre la URSS y los países europeos del Este por una parte y Yugoslavia por la otra y para justificar de antemano la política de presión agresiva que habría de aplicarse a Yugoslavia. (pp.12-13)

”

Las acusaciones dirigidas al gobierno yugoslavo son varias: la primera y central, que resume los argumentos esgrimidos por la Kominform, es la de desviacionismo de la doctrina marxista-leninista. Este punto es fundamental puesto que muestra como un problema estrictamente geopolítico es manipulado hasta transformarse en una diferencia doctrinal. Vladislav Zubok plantea que

“

Los líderes de la URSS, desde Stalin hasta Andropov, así como la mayoría de las élites del partido, de los oficiales de política exterior y de los agentes de la policía de seguridad –incluso los más pragmáticos y cínicos– se vieron obligados siempre a justificar sus acciones mediante la utilización de fórmulas generales ideológicas, adaptándolas al lenguaje marxista-leninista. (p.507)

”

Esto se observa a lo largo de toda la resolución. Se acusa al PCY de aplicar una política de enemistad con respecto al PCUS; de identificar a la URSS con una potencia imperialista; de “oportunistas del tipo Bujarin, que propagaban la teoría de una integración pacífica del capitalismo en el socialismo” (punto 3); de negar la importancia del Partido y del proletariado; de repetir errores de los mencheviques; de ausencia de democracia y autocritica (algo que resulta asombroso conociendo el funcionamiento del PCUS bajo Stalin); de aventureros no marxistas; y de negarse a escuchar las “observaciones críticas de los otros

partidos comunistas". Esta última crítica, contenida en el punto 7, agrega que esto significa "una verdadera violación del principio de igualdad de los partidos comunistas, lo cual equivale a pedir para el Partido Comunista de Yugoslavia una posición privilegiada en la Kominform". Si bien el gobierno yugoslavo se consideraba a sí misma con mayores méritos que los otros países de Europa del Este que tuvieron que recurrir al auxilio del Ejército Rojo para lograr su libertad, esto no quita que aludir al principio de igualdad dentro de la Kominform, en momentos en que la estalinización de Europa del Este tomaba fuerza, resulte poco creíble.

Los ataques hacia el PCY son contradictorios entre sí: es difícil conjugar las acusaciones de bujarinistas, siendo que Bujarin fue purgado por Stalin acusado de desviacionista de derecha, con las de aventureros no marxistas, infantilistas en palabras de Lenin, o desviacionistas de izquierda. Por un lado se los acusa de negar que la lucha de clases se acentúa en el período de transición del capitalismo al socialismo, mientras que por otro se critica la rápida liquidación de los kulaks como clase, puesto que su destrucción sin que estén dadas las condiciones subjetivas para la colectivización de las tierras. En el punto 6 se menciona que

La experiencia del Partido Comunista (bolchevique) de la Unión Soviética demuestra que la liquidación de la última y más numerosa clase de explotadores -la clase de los kulaks- solo es posible sobre la base de la colectivización en masa de la agricultura, y que la liquidación de los kulaks en tanto que clase es una parte integrante de la colectivización de la agricultura.

Aunque la mayoría de los crímenes del estalinismo fueron reconocidos (y conocidos) recién a partir del discurso pronunciado por Nikita Krushev en 1956, resulta curioso que se aluda como ejemplo de colectivización exitosa a la ocurrida en la década de 1930 en la Unión Soviética cuando ésta significó, de forma inmediata, el hambre generalizada en grandes sectores del país, como las regiones agrícolas de Ucrania y Kazajistán.¹⁰

El objetivo de la resolución de la Kominform parece ser, además de aislar a Yugoslavia hasta que el gobierno de Tito caiga¹¹, enviar una advertencia a los otros partidos comunistas de la Kominform. Romper relaciones con el que había sido el aliado más cercano de Moscú es un mensaje poderoso: si el PCUS estaba dispuesto a enfrentarse abiertamente a Tito, que lideraba un país que había expulsado por su cuenta al invasor nazi, no dudaría al momento de atacar a otro partido de un país con menos poder y mucho menos apoyo popular si este desobedece sus órdenes.

La resolución fue precedida por una serie de cartas privadas entre altos funcionarios de ambos gobiernos, en las que se intercambiaban distintas acusaciones. Posteriormente también se continuó con los ataques hacia el PCY: en la sesión de la Kominform en Budapest de 1949 se distribuyó una nueva resolución titulada *El Partido Comunista Yugoslavo en manos de asesinos y espías*. La situación continuó agravándose hasta la muerte de Stalin y la asunción del poder por parte de Krushev, quien normalizó las relaciones con el gobierno de Tito hacia 1955, resultado del proceso de desestalinización. El hecho de que las relaciones recién se normalicen tras la muerte de Stalin demuestra el escaso peso que tenían los partidos comunistas del resto de los países de la Komintern, puesto que hasta que la URSS no decidió actuar no se hizo nada con el objetivo de restablecer relaciones con Yugoslavia. A pesar de esto se insiste permanentemente en el texto de la resolución en el hecho de que esta ha sido adoptada por unanimidad, e incluso se comienza la misma citando uno por uno quienes adoptan la resolución.

Al final del documento, a modo de conclusión, se insta a las "fuerzas sanas del Partido Comunista de Yugoslavia" la tarea de corregir los errores del PCY, señalando puntualmente la vuelta al internacionalismo y el abandono del nacionalismo. El documento solicita, casi en su totalidad, lo opuesto a la obra de Stalin en la URSS, y aquí se observa muy claramente, puesto que durante la Segunda Guerra Mundial el PCUS apeló constantemente al nacionalismo ruso y a la religión ortodoxa para alentar a los soldados del Ejército Rojo a combatir.

El aislamiento yugoslavo no fue inmediato. El día siguiente de publicada la resolución de la Kominform el canciller búlgaro Danovski se comunicó con su par yugoslavo y le expresó su total apoyo. Sin embargo, dos meses después Danovski expresó que "el gobierno búlgaro no podía disociar las cuestiones del partido de las cuestiones de estado" (p.14) y por tanto se veía obligado a acatar las resoluciones soviéticas. La conclusión que puede extraerse de esto es que, a pesar de que el Partido Comunista de Bulgaria fue firmante de la resolución que expulsaba a Yugoslavia de la Komintern, no parecía tener intenciones de romper relaciones con el gobierno titoísta. Para los yugoslavos la resolución de la

Kominform se trató de una medida radical para imponer el poder soviético en una Yugoslavia que creía haberse ganado el derecho, mucho más que sus vecinos, de gobernarse a sí misma, y no tenía la necesidad de someterse a las necesidades soviéticas. Además de las constantes presiones soviéticas ejercidas de manera más o menos legal, de acuerdo a los principios que regían el funcionamiento de la Kominform, se agrega la utilización de los rusos blancos que vivían en Yugoslavia como agentes secretos¹², el espionaje de los altos funcionarios yugoslavos y el intento de imponer a ciertos personajes sumisos a Stalin en el poder en lugar de Tito. Incluso se denunció que, luego de expulsada Yugoslavia de la Kominform, sus fronteras fueron atacadas desde Albania, Rumania, Hungría y Bulgaria, países sobre los que la URSS ejercía un control absoluto; el aumento de los incidentes fronterizos luego de 1948 es exponencial: mientras en 1948 se registraron 74 incidentes, en 1949 el número ascendía a 442 y en 1959 llegaban ya a la cifra de 937.

Antonello Biagini y Francesco Guida (1996) señalan que tras la ruptura Tito no se limitó a defender su camino al socialismo, sino que atacó duramente el seguido por la Unión Soviética, al que calificaban de capitalismo de Estado, basándose en el enorme peso de la burocracia, la fuerte centralización y los amplios poderes atribuidos al secretario general y al politburó. La respuesta yugoslava fue original: argumentando una vuelta al leninismo original, introdujo el principio de autogestión, que establecía que serían consejos obreros, elegidos en cada fábrica, quienes determinarían las políticas a seguir. Se abandonaron los planes quinquenales hechos a imagen y semejanza de los soviéticos, y se llevó adelante un proceso de descentralización política, en el que cada una de las seis repúblicas integrantes de Yugoslavia adquirió bastante poder, manteniendo centralizados solamente los ministerios de Relaciones Exteriores, Interior y Defensa.

Consecuencias

Judt defiende la hipótesis de que Stalin consideraba a Tito una amenaza, una especie de “oposición de izquierda” que abría camino a una nueva forma de construir el socialismo en los países de Europa del Este. Por tanto es significativo que la ruptura y el ataque frontal a Yugoslavia “coincidieran con el pleno esplendor del culto estalinista a la personalidad y con las purgas y los «juicios-espectáculo» de los años siguientes” (p.148).

La revisión del escritorio de Stalin después de su muerte en 1953 revela cuán profundo afectó a Stalin la ruptura con Tito, quien había sido por varios años su más estrecho aliado. Service cuenta que en el escritorio de la dacha de Stalin fueron halladas tres cartas: una era de Lenin, otra de Bujarín y una tercera de Tito, en la que éste le escribía “Stalin: deje de enviar gente a matarme. Ya hemos capturado a cinco, uno de ellos con una bomba y otro con un rifle. (...) Si no deja de enviar asesinos, voy a enviar uno a Moscú y no voy a tener que enviar un segundo” (p.608). Es evidente que para Stalin esta amenaza significó algo a lo que no estaba acostumbrado. Que el líder de otro Estado lo atacara de tal forma debe haberle resultado impactante, más aún cuando, como fue planteado anteriormente, Tito supo ser considerado uno de los más cercanos amigos del régimen estalinista.

Dos líneas historiográficas

Fernando Claudín afirma que en el período comprendido entre 1945 y 1948 el conflicto entre el nacionalismo soviético y el yugoslavo¹³ se intensificó, principalmente por la voluntad de autonomía de Yugoslavia y la negativa de la URSS de otorgarla. El autor señala cinco momentos relevantes dentro de este conflicto: el comportamiento del Ejército Rojo luego de la liberación de Belgrado, violando y saqueando en reiteradas ocasiones¹⁴; los roces entre Yugoslavia y las potencias occidentales por la posesión de Trieste, cuando ante afirmaciones de periódicos occidentales Tito afirmó que “no queremos depender de nadie, pese a todo lo que se diga o escriba (...)”. No queremos ser moneda de cambio, no queremos que se nos mezcle a no se qué política de esferas de intereses” (p.444), lo que despertó el lógico malestar soviético; el enfrentamiento entre dos tendencias dentro del propio PCY, una representativa del punto de vista soviético y otro del de la mayoría, donde se encontraban Tito y Kardelj; la propuesta de Tito y Georgui Dimitrov, líder comunista de Bulgaria, de unir ambos países en una federación que también incluía a Albania; y la cuestión griega, algo que interesaba a yugoslavos y búlgaros pero que Stalin ya había cedido a la zona de influencia británica. Estos dos últimos puntos se entremezclan en tanto Tito y Dimitrov habían expresado cierto interés en incluir a una nueva Grecia comunista dentro de la futura Federación Balcánica.

El problema fundamental fue, para Claudín, la actitud independentista yugoslava, pero no tanto por sí misma sino por el efecto contagio que podría generar en las otras democracias populares del este europeo. Es por esto que Stalin pone en marcha el mecanismo de la Kominform, creado específicamente

para este tipo de casos. Varias cartas son intercambiadas entre Stalin y los dirigentes yugoslavos, en las que Stalin llega a plantear incluso que “el embajador americano en Belgrado se comporta como el amo del país” (p.455) y rebaja el papel de la guerrilla partisana en la liberación, exaltando la importancia del Ejército Rojo. Para el único país de Europa del Este que se había liberado prácticamente sin ayuda soviética, que Stalin afirmara que “los méritos de los partidos comunistas de Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Rumania, Bulgaria y Albania no son menores que los del Partido Comunista yugoslavo” (p.455) significaba una afrenta muy grande. El crimen yugoslavo sería, entonces, haberse resistido a la dominación soviética. Claudín plantea que

“

En la reunión constituyente del Kominform los dirigentes yugoslavos, igual que los representantes de los demás partidos integrantes del nuevo organismo, habían informado detalladamente sobre todos los aspectos de su política, y ni los delegados soviéticos, ni ningún otro de los asistentes, les hizo la menor crítica. Al contrario, el PCY fue considerado como ejemplo de partido consecuentemente revolucionario (...). En septiembre de 1947, por tanto, el Kominform consideraba la política del PCY perfectamente marxista-leninista; en junio de 1948 decidió que esa misma política no tenía nada de marxista-leninista. La calificó de nacionalista, bujarinista, menchevique, trotskista, antisoviética. (p.458)

”

No es clara para el autor la razón por la que la URSS no invadió inmediatamente Yugoslavia. Sus teorías van desde que no podía arriesgarse a una supuesta respuesta estadounidense a la misma hasta el reconocimiento de la experiencia guerrillera que ya poseía el pueblo yugoslavo. Entre medio plantea que Stalin confiaba en el derrumbe del Estado yugoslavo por causas interiores, algo que parece lógico si se tiene en cuenta que la mitad del comercio exterior de Yugoslavia era con la Unión Soviética, y que la ruptura implicaba el corte de relaciones con toda Europa del Este.

Jeronim Perovic (2007) realiza una investigación acerca de la ruptura entre la URSS y Yugoslavia a partir de la apertura de los archivos rusos.¹⁵ Repasa la historiografía existente en ambos países: mientras en Yugoslavia se presentó el quiebre como la imposibilidad de reconciliar el camino yugoslavo con la organización jerárquica del bloque socialista creada por Moscú (postura que suele ser compartida por la mayor parte de los historiadores occidentales, e implica la existencia de los problemas desde 1941 y no recién a partir de 1948), los documentos soviéticos no muestran ninguna discrepancia ideológica entre Moscú y Belgrado hasta finales de 1947. Los documentos soviéticos recientemente desclasificados muestran que la principal razón del conflicto fue la negativa de Tito a abandonar su postura expansionista, fundamentalmente en relación a Albania¹⁶, y no un intento de cuestionar la primacía soviética, ya que “ni Tito ni ningún otro líder del Partido Comunista Yugoslavo cuestionó el liderazgo de Moscú sobre el mundo socialista. Los oficiales yugoslavos siempre se vieron como devotos seguidores de la Unión Soviética” (p.39).

Según el autor, el temor soviético para con los Balcanes no era tanto el surgimiento de Yugoslavia como potencia opositora al estalinismo (aún uniendo a Albania, Bulgaria y la Macedonia griega el poder yugoslavo sería ínfimo en relación al soviético) sino la intervención en Grecia y, fundamentalmente, el peligro de despertar conflictos étnicos y territoriales que generaran un conflicto mayor, como efectivamente sucedió tras la desintegración de Yugoslavia en la década de 1990.

Rinna Elina Kullaa (2010) analiza la ruptura entre la URSS y Yugoslavia en diálogo permanente con lo sucedido en Finlandia después de la Segunda Guerra Mundial. A pesar de que su trabajo se centre en aquel país, realiza aportes interesantes al estudio de las relaciones entre soviéticos y yugoslavos, fundamentalmente entre Tito y Stalin (y sus círculos más cercanos). Tras repasar la historiografía yugoslava, soviética y occidental acerca de la ruptura, Kullaa afirma que el factor más relevante para explicarla radica en la negativa yugoslava de firmar un Acuerdo de Negocios y Asistencia Técnica con la URSS. Kullaa concluye esto a partir del análisis de la correspondencia privada entre los gobernantes de ambas naciones entre enero y junio de 1948. Afirma que allí queda claramente demostrado que no fueron los desacuerdos en torno a la creación de una Federación Balcánica integrada por Yugoslavia y Albania (en la que podía llegar a incluirse a la Bulgaria de Dimitrov) sino el rechazo de Tito a firmar un acuerdo de este tipo, muy similar a los que habían sido ya firmados por los soviéticos con el resto de los países de la Europa Oriental.¹⁷ Para la Unión Soviética el problema planteado no era tanto la pérdida de un mercado en exclusividad, puesto que el peso de Yugoslavia en ese sentido,

país con una población en 1948 de algo más de 15 millones de habitantes, no era tan importante (Rumanía tenía 17 millones de habitantes, mientras que Hungría, Checoslovaquia y Bulgaria rondaban los 10 millones, poblaciones muy pequeñas comparadas con los más de 200 millones de soviéticos, de acuerdo al censo de 1949¹⁸), sino que el verdadero problema radicaba en que impedía a la URSS formar una línea de defensa militar consistente ante la Europa capitalista.

Kullaa afirma que es imposible creer que los yugoslavos se sorprendieran por su expulsión de la Kominform, como plantea la historiografía oficial de ese país, puesto que ya habían demostrado que no tenían ningún interés de negociar con la URSS hasta convertirse en un satélite más, así como tampoco es creíble afirmar que la situación no fue buscada por el gobierno estalinista. Plantea que “la expulsión de Yugoslavia de la Kominform fue un intento soviético de reemplazar el liderazgo yugoslavo por uno más subordinado con el objetivo de consolidar el bloque soviético en 1948” (p.75). Esto tiene sentido ya que, según Kullaa, las relaciones entre Tito y Stalin habían sido tirantes ya desde una fecha tan temprana como 1941, porque el titoísmo nunca había llegado a aceptar que el gobierno soviético reconociera primero al gobierno monárquico exiliado en Londres, y que luego le pidiera a los partisanos que se aliaran con los chetniks de Mihailović. Resume la situación diciendo que

“

Aunque Tito nunca simpatizó con la personalidad de Stalin, la ruptura entre ambos fue resultado de desacuerdos más amplios y más fundamentales. Los yugoslavos simplemente rechazaron asumir un rol subsidiario en la relación con la Unión Soviética, algo que requería aceptar la vigilancia soviética sobre el ejército yugoslavo, así como sobre su política exterior. La resistencia yugoslava al control soviético interfirió con las metas soviéticas de formar un bloque unificado de defensa militar en Europa del Este. La resistencia también interfirió, aunque de forma menos significativa, con los objetivos económicos soviéticos. (p.76)

”

Vojin Majstorović (2010) se alinea con los autores que defienden la existencia de una relación estrecha entre yugoslavos y soviéticos entre 1944 y comienzos de 1947. A diferencia de Kullaa, Majstorović afirma que la URSS fue, por ese lapso, la única fuente de apoyo al gobierno de Tito, mientras que Belgrado era el aliado más confiable de los soviéticos en Europa. Sin embargo, el comienzo de la Guerra Fría trastocó los planes yugoslavos de expansión en los Balcanes, puesto que mientras Yugoslavia deseaba anexar a la federación a Albania, Stalin temía que esto desembocara en otra guerra con Estados Unidos e Inglaterra¹⁹ en momentos en que la Unión Soviética no estaba preparada para afrontar un nuevo enfrentamiento bélico. El historiador canadiense añade que es en los momentos de mayor tensión entre ambos países cuando Stalin comienza a pensar en una estalinización completa de Europa del Este, algo incompatible con el liderazgo de Tito en Yugoslavia, puesto que éste ya había demostrado que no aceptaría convertirse en un títere del gobierno soviético; el triunfo de la guerrilla partisana había creado en Tito no solo una figura popular a nivel público, sino que también sus seguidores más cercanos estaban dispuestos a defenderlo hasta la muerte. Majstorović culmina achacando el conflicto y la ruptura a Stalin, y eximiendo de culpas al gobierno yugoslavo:

“

No importa tanto cuales fueron las políticas que Tito aplicó, sino quién era -aunque apoyado por la Komintern y genuinamente leal a Stalin y la URSS- Tito se convirtió en un comunista independiente y exitoso por sí mismo. Su legitimidad derivaba del Partido Comunista de Yugoslavia, y su poder estaba basado en el amplio apoyo del que disfrutaba en Yugoslavia. Igualmente, la gran ambición de Tito en los Balcanes y la asertividad con que perseguía sus objetivos reflejan su sentido de legitimidad. Como resultado, cuando el conflicto con el Oeste se transformó en una posibilidad real, Stalin decidió cerrar filas en el movimiento comunista, en lugar de tener que lidiar con un socio menor que tercamente demandaba su lugar en el comunismo internacional. (p.160)

”

Oriental intentaran imitar el ejemplo yugoslavo, mientras que los segundos afirman que ambos gobiernos fueron intransigentes, y que la constante intervención de Yugoslavia en regiones que habían sido negociadas como zona de influencia occidental (Trieste y Grecia) puso en aprietos a Stalin, que deseaba a toda costa evitar una nueva guerra ante una Estados Unidos que ya había mostrado en Hiroshima y Nagasaki el poder de la bomba atómica. Aunque no eximen de culpa al gobierno soviético, esta corriente afirma que la ruptura no se debió solamente a la actuación de Stalin sino que fue una situación que escaló rápidamente y que la Kominform resolvió de la manera que creyó más efectiva, ya que era difícil pensar que Yugoslavia sobreviviría aislada.

Consecuencias

La ruptura con Yugoslavia es un punto de inflexión en la relación soviética con sus aliados de Europa del Este, puesto que es el momento en que se define, por la vía de los hechos, que el único camino aceptable al socialismo es el recorrido por la propia Unión Soviética, y por tanto cualquier paso distinto será tratado como un desviacionismo que debe ser aplastado para salvaguardar así la construcción del socialismo. Service afirma en *Stalin* que

“

Tito fue descrito como un fascista con ropajes comunistas y como un nuevo Hitler de Europa. (...) Las consecuencias de desafiar a Moscú se ponían de manifiesto. Se conformaba un bloque oriental, aunque no tuviera ese nombre. Con excepción de Yugoslavia, los países de Europa que se encontraban al este del Elba se convirtieron en naciones sometidas y tuvieron que encajar en el molde del orden soviético. El pluralismo político, por muy limitado que hubiera sido, terminó. La política económica también se modificó. El ritmo de la colectivización agrícola se aceleró en la mayoría de los países. En realidad, en toda la región los partidos comunistas incrementaron la inversión en proyectos de industria pesada. Se forjaron estrechos lazos comerciales con la URSS. El bloque oriental tenía como objetivo la autarquía y los intereses económicos prioritarios designados por Stalin. El Consejo de Ayuda Económica Mutua (Comecon) se formó en enero de 1949 para controlar y coordinar el desarrollo. (p.532)

”

Utilidad en el aula

Trasladar este tema al aula permite profundizar en el estudio del socialismo real, algo que suele ser dejado de lado en nuestras clases, y que cuando se aborda se hace, generalmente, a partir del desarrollo interno de la Unión Soviética, asimilando implícitamente toda Europa del Este (e incluso países tan disímiles como Cuba, Vietnam, China o Corea del Norte) a la URSS y obviando sus marcadas diferencias. Aunque es evidente que existe una limitación de índole temporal para trabajar en secundaria estos temas, el abordaje del conflicto soviético-yugoslavo en particular tiene varias aristas que lo hacen un interesante motivo de estudio.

En primer lugar, este enfrentamiento demuestra claramente que el bloque socialista no era en absoluto monolítico, y no respondía de manera automática a las decisiones adoptadas por Moscú. Aunque durante el conflicto con Yugoslavia todos los países integrantes de la Kominform se alinearon rápidamente a la URSS, la mera existencia de un país que se oponga al poder soviético muestra la imposibilidad de tratar a toda Europa del Este como un sólo ente. Por otra parte, es un buen ejemplo para acercarse a la política exterior de la Unión Soviética durante la Guerra Fría pero no en relación al bando capitalista, si no a las relaciones con los propios países integrantes de la Kominform, fundamentalmente durante el período estalinista.

En segundo lugar, muestra la aparición de una primera “herejía” fuera del territorio soviético y, a diferencia de lo sucedido con Lev Trotski o Nikolai Bujarin, con el firme control de un Estado territorial. Aunque el peso geopolítico de Yugoslavia no sea importante, y en ningún momento se planteó discutir

Los historiadores Leonid Gibianskii y Norman Naimark (2004) plantean que los problemas entre Moscú y Belgrado son posteriores al final de la Segunda Guerra Mundial. Afirman que el gobierno de la URSS estaba satisfecho por la manera en que los partisanos estaban llevando adelante las medidas necesarias para soviétizar el país, y que la ayuda económica y militar soviética fue parte importante en la legitimidad que construyó el gobierno titoísta. Al ser esta obra una selección de documentos no analizan de forma profunda los factores que llevaron a la ruptura entre ambos países, pero coinciden con Majstorović en que esta situación apresuró la decisión de Stalin de soviétizar Europa del Este e implantar su control sobre estos países de manera más profunda.

En conclusión, las distintas visiones historiográficas pueden agruparse, a grandes rasgos, en dos corrientes: una integrada por quienes creen que la “culpa” de la primera ruptura del bloque socialista recae íntegramente sobre Stalin y su visión autoritaria del socialismo, y otra en la que se encuentran quienes afirman que tanto el gobierno yugoslavo como el soviético comparten la responsabilidad en la ruptura. Los argumentos de los primeros se centran fundamentalmente en acusar a Stalin de desear subordinar todo movimiento comunista a la URSS y su preocupación hacia que otros países de Europa el liderazgo soviético en el mundo socialista, sí lo haría la República Popular China de Mao Tse-Tung una década después, en respuesta al proceso de desestalinización (entre otros factores) impulsado por Nikita Krushev. Aun con sus diferencias, el análisis de la ruptura soviético-yugoslava enriquece el estudio de la posterior ruptura entre la URSS y China, de consecuencias muy importantes para el desarrollo de la Guerra Fría.

Conclusiones

La ruptura de relaciones entre la Unión Soviética y Yugoslavia en 1948 es un parteaguas en la historia del socialismo real. Por primera vez un país socialista confrontó a Stalin de manera directa y, por si fuera poco, con éxito, ya que Tito continuó en el poder hasta su fallecimiento en 1980, y recién tras la muerte de Stalin se normalizaron las relaciones entre ambos estados.

Este suceso parece confirmar la tesis de Zubok sobre la condición de imperio de la URSS. El comportamiento soviético frente al gobierno yugoslavo es el de un poder que no acepta que otro país defienda su independencia en la práctica, y no solamente en la teoría. Zubok escribe que

“

La Guerra Fría supuso para el paradigma revolucionario-imperial soviético una poderosa validación y justificación. Debido a la política norteamericana de contener el comunismo y obligarlo a replegarse, poco a poco fue haciéndose evidente que los soviéticos sólo tenían dos alternativas: dismantelar su imperio o luchar por él con todos los medios que tuvieran a su disposición. Stalin fue rápido en verlas venir: incluso antes de que empezara la Guerra Fría, intentó recuperar el control absoluto de la sociedad y las élites soviéticas y hacerlo extensivo a los países de Europa Oriental. (p.507)

”

Este intento de la Unión Soviética de Stalin de defender su participación en los territorios que había liberado en la larga guerra contra la Alemania Nazi, incluyendo aquellos en los que su participación fue secundaria, como fue el caso de Yugoslavia, marca una clara demostración de la existencia del paradigma revolucionario-imperial del que habla Zubok, puesto que muestra cómo, a partir de un discurso ideológico, la URSS lleva adelante políticas que no difieren mucho de las impulsadas por el otro gran imperio de la época, los Estados Unidos de América.

Sin embargo, los embates de Stalin contra el gobierno yugoslavo no surtieron efecto. Hay dos factores fundamentales que pueden explicar esto: primero, la legitimidad y el apoyo masivo del que gozaba Tito y el PCY por haber liberado al país del fascismo; y segundo, la forma en que el gobierno supo sobrellevar los años entre la ruptura y la reanudación de las relaciones en 1955, obteniendo préstamos de Estados Unidos sin abandonar sus políticas de corte socialista, tales como la reforma agraria o la autogestión obrera.

Después de 1955 Yugoslavia nunca se integró de manera total al bloque socialista del este europeo. Muestra de esto es de que nunca se haya integrado al Pacto de Varsovia, pero también es significativo que no haya apoyado la invasión soviética a Hungría en 1956 y que haya rechazado rotundamente la

invasión a la Checoslovaquia del reformista Alexander Dubček, quien intentó dar un rostro humano al socialismo real. A nivel internacional fue muy importante el papel desempeñado por Yugoslavia en el Movimiento de Países No Alineados, llegando a ser Belgrado la sede de esta organización; allí Tito tuvo un rol destacado, junto a líderes como Gamal Abdel Nasser, Jawaharlal Nehru y Sukarno. Yugoslavia, aun con un gobierno socialista y relativamente cercano a la URSS luego de la desestalinización, nunca se convirtió en un país satélite soviético al estilo de las repúblicas socialistas de Bulgaria o Hungría, por mencionar tan solo algunos ejemplos. En ello radica su excepcionalidad en relación al resto de la Europa socialista, así como el interés que aún hoy en día despierta su modelo de gobierno.

Notas

¹ Una primera versión de este texto fue presentada en el Curso de Verano del Instituto de Profesores Artigas Miradas sobre la Europa de las catástrofes, a cargo del profesor Matías Rodríguez Metral. En la jornada, donde se expusieron los trabajos realizados durante el año 2019 en el marco del Seminario de Historia Contemporánea del IPA, participaron también Luciana Bauzá y Abril Parodi. Mi agradecimiento hacia ellos por la atenta lectura de este artículo, así como por los comentarios y sugerencias realizadas.

² En *El telón de acero*, de Anne Applebaum (p.1046).

³ En *Stalin*, de Robert Service (p.608).

⁴ La Ustacha fue una organización paramilitar croata, de tendencias nacionalistas-fascistas, que gobernó el Estado Independiente de Croacia, títere del gobierno nacionalsocialista alemán, entre 1941 y 1945.

⁵ Prueba de esto es que ya el 22 de agosto de 1945 se había promulgado la Ley de Reforma Agraria, que "supuso un primer paso hacia la nacionalización de las propiedades agrícolas de los terratenientes y del campesinado latifundista" (Calduch Cervera, 1979, p. 392)

⁶ Pirjevec señala que esta Constitución era tan parecida a la soviética que generaba burlas en Moscú.

⁷ Hobsbawm afirma que "nadie sabía mejor que Stalin lo malas que eran sus cartas" (p.237).

⁸ Sobre esto Richard Saull (en Spenser (2004)) señala que la unión entre economía y política, típica de un Estado socialista, impedía que el sistema soviético se expandiera de otra forma que no fuera la militar. Estados Unidos tenía más medios para penetrar en el resto del mundo, debido a que el régimen capitalista divide la vida social en dos ámbitos claramente separados: el de la política y el del mercado, estructurado en base a la propiedad privada y que permitía las relaciones capitalistas transnacionales sin la necesaria intervención directa del gobierno estadounidense.

⁹ Judt señala que "según la Official British History of the Second World War, en los círculos militares occidentales estaba muy extendida la opinión de que si después de mayo de 1945 estallaba una Tercera Guerra Mundial, sería en la región de Trieste" (p.146).

¹⁰ Sheila Fitzpatrick (2016) afirma que "el intento de asentar por la fuerza a los kazajos nómadas en granjas colectivas había conducido a la inanición de las gentes y el ganado, y hubo huidas masivas a las regiones colindantes y, más allá de la frontera, a China" (p.100). Sobre Ucrania escribe que "de todos los grandes y terribles acontecimientos en los que el equipo tuvo que ver durante más de treinta años, la hambruna es el que suscitó menos declaraciones de sus miembros, tanto en su momento como más adelante. Ninguno de ellos parece haber alzado la voz para exigir que se ayudara a los campesinos famélicos" (p.102). Los líderes soviéticos parecen haber aceptado que las hambrunas eran males necesarios para la colectivización efectiva de la tierra.

¹¹ El documento critica la represión ejercida sobre Sreten Žujović y Andrija Hebrang, por lo que es fácil pensar que ellos eran las preferencias soviéticas para suceder a Tito.

¹² Antes de la Segunda Guerra Mundial Yugoslavia había sido un importante centro receptor de rusos "blancos".

¹³ Que puede ser disgregado en al menos cuatro: el croata, el serbio, el musulmán bosnio-kosovar y el esloveno.

¹⁴ Djilas afirma que “una vez el Ejército Rojo hubo penetrado en Yugoslavia y liberado Belgrado en otoño de 1944, individuos y grupos pertenecientes al mismo llegaron a perpetrar tantos desmanes entre los ciudadanos y soldados del Ejército Yugoslavo que surgió un serio problema político para nuestro partido y para el nuevo régimen.” Posteriormente menciona que, al mencionarle este problema al general Korneev, jefe de la misión soviética en Yugoslavia, éste se indignó, criticándole el hecho de afirmar que los ciudadanos yugoslavos tenían mejor imagen del ejército británico que del soviético.

¹⁵ Puntualmente el Archivo de Política Exterior de la Federación Rusa y el Archivo Central del Partido.

¹⁶ La inclusión de Bulgaria no representaba un problema para Stalin, puesto que el líder del Partido Comunista Búlgaro Dimitrov estaba de acuerdo con la unión; por momentos incluso es el propio Stalin quien propone la federación de ambos Estados, con la idea de que Bulgaria se convirtiera en una especie de caballo de Troya que le informara sobre lo que sucedía en Yugoslavia. El caso de Albania, cuya anexión Yugoslavia justificaba a partir de la supuesta necesidad de unir a los albaneses de Kosovo con los de aquel país, era diferente, pues buena parte del Partido Comunista de Albania estaba en contra de la unión con Yugoslavia, algo que podía ser utilizado por Stalin para impedir el crecimiento de una Yugoslavia que probablemente no siempre acataría las decisiones soviéticas. Biagini y Guida señalan que en Albania estaba muy extendido un sentimiento antiserbio, que se negaba a aceptar la pertenencia de Kosovo a Yugoslavia, reclamando para sí esa región.

¹⁷ Kullaa afirma que “los términos ofrecidos por los soviéticos a Yugoslavia eran similares a los de Hungría y Rumanía” (p.66). El enviado yugoslavo de negocios a Moscú, Bogdan Crnobrnja, afirmó que “no llegamos a un acuerdo acerca de la soda cáustica porque los soviéticos ofrecieron un precio muy bajo. En el mercado mundial Yugoslavia puede obtener \$300, pero los soviéticos solo pagarían \$75, que es lo que ahora le pagan por la soda a Rumania. Esto iría en contra de los intereses de nuestro país. En negociaciones largas, los soviéticos subieron hasta \$150, y nosotros bajamos nuestros precios hasta \$200 aunque podíamos recibir entre \$260 y \$270 en el mercado mundial. Al día siguiente los soviéticos bajaron a sólo \$75” (p.65). Puede deducirse de esto que Yugoslavia buscaba un trato especial, distinto al de los estados satélites de Europa Oriental.

¹⁸ Datos obtenidos de <http://pop-stat.mashke.org/>

¹⁹ Debe recordarse que los Balcanes, como zona de influencia, había sido dividido en mitades iguales por Inglaterra y la URSS, mientras que Grecia había sido cedida en exclusividad a los británicos (Service, 1997, p.283).



Bibliografía

Applebaum, Anne (2012). *El telón de acero. La destrucción de Europa del Este 1944-1956*. Barcelona, Debate.

Béjar, María Dolores (2011). *Historia del siglo XX*. Buenos Aires, Siglo Veintiuno.

Biagini, Antonello y Guida, Francesco (1996). *Medio siglo de socialismo real*. Barcelona, Ariel. -Bogdan, Henry (1991). *La historia de los países del este*. Buenos Aires, Vergara.

Calduch Cervera, Rafael (1979). *La política exterior yugoslava entre 1941 y 1953: génesis y desarrollo del conflicto soviético-yugoslavo (tesis doctoral)*. Madrid, Universidad Complutense de Madrid.

Claudín, Fernando (1970). *La crisis del movimiento comunista*. Tomo I. París, Ruedo Ibérico.

Djilas, Milovan (1962). *Conversaciones con Stalin*. Barcelona, Seix Barral.

Fitzpatrick, Sheila (2016). *El equipo de Stalin*. Barcelona, Planeta.

Fontana, Josep (2017). *El siglo de la revolución*. Barcelona, Crítica.

Gibianskii, Leonid y Naimark, Norman (2004). *The Soviet Union and the establishment of communist regimes in Eastern Europe, 1944-1954: A Documentary Collection*. Stanford, Universidad de Stanford.

Hobsbawm, Eric (1998). *Historia del siglo XX*. Buenos Aires, Crítica.

Judt, Tony (2005). *Postguerra. Una historia de Europa desde 1945*. Madrid, Taurus.

Kullaa, Rinna (2008). *From the Tito-Stalin split to yugoslavia's finnish connection: neutralism before non-alignment, 1948-1958*. Maryland, Universidad de Maryland.

Majstorović, Vojin (2010). *The rise and fall of the Yugoslav-Soviet alliance, 1945-1948*. Toronto, Universidad de Toronto.

Oficina de Prensa de la Legislación de la R.F.P. de Yugoslavia (1952). *El conflicto yugoslavo soviético, su historia y esencia*. Buenos Aires

Perovic, Jeronim (2007). *The Tito-Stalin split: a reassessment in light of new evidence*. Zurich, Universidad de Zurich.

Pirjevec, Jože (2018). *Tito and his comrades*. Madison, Universidad de Wisconsin.

Powaski, Ronald (2000). *La Guerra Fría. Estados Unidos y la Unión Soviética, 1917-1991*. Barcelona, Crítica.

Priestland, David (2010). *Bandera roja. Historia política y cultural del comunismo*. Barcelona, Crítica.

Procacci, Giuliano (2005). *Historia general del siglo XX*. Barcelona, Crítica.

Service, Robert (1997). *Historia de Rusia en el siglo XX*. Barcelona, Crítica. -Service, Robert (2006). *Stalin*. Madrid, Siglo XXI.

Spenser, Daniela (Coord.). (2004). *Espejos de la guerra fría: México, América Central y el Caribe*. Ciudad de México, Miguel Ángel Porrúa.

Westad, Odd Arne (2018). *La Guerra Fría. Una historia mundial*. Barcelona, Galaxia Gutenberg. -Zubok, Vladislav (2008). *Un imperio fallido. La Unión Soviética durante la Guerra Fría*. Barcelona, Crítica.